La cortina 5

Del cielo al purgatorio

Sana caminaba sola. Serían sobre las cinco de la tarde, una hora en la que hacía un calor infernal, sobre todo en aquellos parajes situados en la costa, al lado de la playa. El verano en el calendario todavía no había llegado en aquel primer día del mes de junio, sin embargo, aunque al año le quedaban por delante todo julio, agosto y septiembre, meses donde la furia del sol machacaba a todo el que se atrevía a desafiarlo, el verano solar ya hacía semanas que había aterrizado, por eso el barro ya hacía días que se había convertido en polvo.

Ella bajó la vista a los pies que le dolían por lo mucho que llevaba caminando, y que también le quemaban por lo recalentado que estaba el polvo de aquel sendero, sin árboles que le proporcionaran algo de fresco, sin protección alguna más que cuatro garrapatas de medio metro de altura que aparecían a su paso. Sus pies estaban hechos un asco, sudorosos, desparramados y amarillentos como la mermelada tibia, con las uñas negras y polvorientas. "Como para que alguno pretenda ahora chuparme el dedo gordo", pensó ella.

No llevaba mucha ropa encima. No hacía falta. En absoluto hacía frío para que su cuerpo reclamara trapos de abrigo. Tampoco, en aquellas alturas de su vida, su cuerpo sentía muchas necesidades de cubrirse, porque, aunque era mujer, ya no le preocupaba mucho eso de exhibirse ni eso de taparse, era más bien cuestión de comodidad. Eso lo demostraba el hecho de que solo llevaba a su hombro una bolsita con casi nada, a pesar de que no se dirigía a la playa para darse un baño y regresar, sino para quedarse una temporada, al menos, eso esperaba.

En aquel entonces contaba con cuarenta años. Muchos de ellos vividos intensamente, con alegrías desbocadas, sin freno, ni de mano ni de pie, para que, si la carretera no tenía curvas y en tiempos de guerra todo era llano, pues nadie se preocupaba de lo que estaba bien ni de lo que estaba mal, bastaba con sobrevivir. Muchas veces había dicho: "Saborea la euforia mientras emerge, mientras la emoción empuja, porque si la reprimes, después solo queda agua desbravada, agua tibia que no puede más que apagar las brasas de la leña quemada".

Seguía caminando, sola. Últimamente, ella sola, ella con su soledad no se encontraba del todo mal. No le importaban mucho los demás, pues, habiendo recibido arañazos de todos los colores, no temía mucho más a los asaltadores que a los acompañantes, ya que nunca se sabía si eran peores los escondidos o los que estaban a la vista. Todas sus vivencias habían sido personales, pues no recordaba emociones parentales, que quedaban ya lejanas, ni tampoco filiales, para lo que nunca se había preparado decididamente, pues de todos los que habían estado dispuestos a procrear, ninguno había estaba dispuesto a ayudar.

Que Sana no hubiera tenido hijos no era por falta de práctica, en absoluto. Lo suyo no era vicio desmedido, porque en eso no hay verdad, ni mentira, ni medida. Lo cierto era que el sexo, el placer que le daba su sexo era su sustento, no podía sustituirlo por nada, no tenía sustituto. Para ella siempre había sido una necesidad, como para todo el mundo, como para casi todo el mundo si exencionamos a los elegidos, aunque el mundo esto nunca lo reconocía más que cuando estaba a solas y apartado del mundo. Todo este mundo mentía sobre sus placeres íntimos. Nadie hablaba de sus pajaritas más que consigo mismo, porque incluso el más amado, la más amada, en ausencia del amor deseado, consigo mismo se enfurecía y consigo mismo se calmaba. Desde los tiempos infinitos, los habitantes del mundo se habían auto-amado, auto-acariciado, auto-consolado. Las manos de cada cual habían sido su mejor amante, a veces con más frecuencia que las manos del vecino, y muchas veces con más fortuna y esencia que las del deseado, porque las manos de cada cual, mejor que ningunas otras, sabían cuándo, dónde y cómo, con qué inclinación, con que sensibilidad, con que intensidad dormida, ahora, y con qué furia encendida, después, para que los relámpagos se desataran y, después de la riada, la tormenta cesara. También era verdad que a Sana, como al resto del mundo hipócrita donde vivía, sus riadas solitarias no le impedían ni le mermaban para que, cuando las oportunidades de la vida subían por sus rodillas, algunas yemas vecinas le provocaran ondulantes lenguas de fuego hasta levantarle ampollas debajo del ombligo, lo cual le había proporcionado paz angelical en ocasiones y, en otras, tormentos indeseados, porque ciertos machos feroces mezclaban y confundían la devoción deseada con la obligación repudiada.

Pero siendo verdad cauta, sin exageración maligna, que en su vida amorosa había disfrutado torrentes tan agotadores que los espasmos le habían agarrotado las tibias como rampas encabritadas, tanto que cuando aún hoy día, aun hoy noche, ahora que en su cama solo dormía ella, y su instinto femenino se iba de viaje y las rememoraba, poco después se tenía que cambiar las braguitas. Sin embargo, no todo habían sido suspiros placenteros, porque en su vida y en su guerra también había sufrido demasiadas barbaridades, algunas tan atroces que no se atrevía a destaparlas ella sola, temerosa de que si no se sentía compadecida por algún alma amiga no lo soportaría y acabaría desmallándose, así que, ella sola no, ella sola no pensaría en aquellos ataques tan negros, tan cobardes.

Aquellos dolores, aquellas penas la empujaron a bajar la vista y mirar al suelo, que es lo que todos hacemos cuando te duele la barriga y te encoges el ombligo. Así dio unos cuantos pasos. Poco después oyó un ligero murmullo, como si una ráfaga de viento abanicara las hojas de un chopo grande, verde y frondoso. Pensó: "No puede ser, ni por aquí perviven chopos ni por aquí se deslizan ráfagas de viento". Claro que no. Lo pensó porque el cerebro femenino es mucho más ágil alimentando sus pensamientos que levantando los ojos y mirando al horizonte.

El impacto emocional y renal fue de muerte. Frenó en seco, porque allí arriba nada estaba mojado. Los dedos de su pie derecho no tocaban nada, estaban en el vacío. Movió el dedo gordo y no, no encontró nada, ni siquiera las cosquillitas que esperaba encontrar. Volvió a oír el murmullo de las hojas del chopo balanceándose y mostrando el haz y el envés. Sana tiró de músculo orbicular y alzó los dos ojos a la vez. A las dos pupilas les alcanzó un universo azul tridimensional, se inundaron de un color azul infinito.

Cerró y volvió a abrir sus ojos. De nuevo, ante ella, apareció la inmensidad azulada, como si la tierra fuese un globo azul y Sana una mota de polvo posada encima de un globo chiquitín. El murmullo no era de un chopo, ni la inmensidad azul era un globo, ni Sana era una mota de polvo. Aquello era más, mucho más, aunque a veces algunas ánimas sí son lo que parecen. El murmullo era frecuente. Era el ir y venir de las pequeñas olas, tranquilas, que desde el interior del inmenso océano viajaban ilusionadas, y al llegar a tierra, se saludaban con las expectantes rocas que continuamente les daban la bienvenida. El globo azulón era inabrazable. Era el inmenso océano que visto desde diez metros de altura era mucho más extenso que la vía láctea, mucho más amplio que la imaginación de la gente. ¿Y la mota de polvo? Sí, eso sí, eso sí era Sana, “polvo eres y a polvo volverás, - Génesis 3:19 ”.

Así se sentía Sana en el borde del precipicio, como una partícula infinitesimal abocada en el aro mayor de Júpiter. Sana todo lo veía azul. Allá, al final, una línea incolora anunciaba el comienzo del cielo azul superior y el comienzo del océano azul inferior.

El sendero acababa en un acantilado vertical de diez metros de precipicio sobre el agua salada. La nariz del acantilado era puntiaguda, como la nariz de la proa de un barco enorme alzada impunemente sobre las olas asustadas. Desde la estratosfera se veía a Sana como una gaviota con las alas abiertas, parapetada en la nariz del acantilado, en la nariz de la proa.

Debía retroceder, pero no pudo, no quiso. Nunca sabrá porque su espíritu y su cuerpo, por una vez unidos, despreciando completamente el sentido de la conservación, la sujetaron en aquella posición, con el pelo cabalgando cual paracaidista aficionado, con los ojos iluminados como faroles en Nochevieja, con los brazos abiertos como perdonándole al mundo sus pecados. Fue solo un instante. Fue suficiente, porque las emociones prolongadas son un calvario. Como el orgasmo, un instante, de lo contrario las agujas atravesándote el alma se hacen inaguantables. En ese instante, sin nada al frente, nada por delante, supo lo que vale la libertad, supo que lo valioso no es lo que tienes delante, sino el no tener nada delante, porque es entonces, cuando no hay límites, cuando puedes gozar y retener la esperanza de que el horizonte siempre se mantendrá alejado, cuando puedes abrazar la certeza que te mienten los que te dicen que podrás alcanzar el horizonte, y porfiar que es mentira, que el horizonte siempre está en el horizonte, y poder decirle a los ojos, sin duda: ¡No niño, de ese agua, yo no beberé!.

Su pie izquierdo con sus cinco dedos aceptó y cumplió el deseo de Sana. Despacio, los cinco dedos retrocedieron un palmo. El otro pie hizo lo mismo. Ya situada ella a poco más de un metro de la caída libre, prosiguió perpleja admirando la grandeza azulada que sus ojos trataban de absorber. Miró por su lado izquierdo, por donde continuaba la inmensidad del cielo y del océano. Miró por su lado derecho, más a la derecha, yendo hacia atrás, donde el acantilado perdía su enfado y la blanca playa ganaba en alegría. Al fondo, donde la playa volvía a entristecerse, aparecían unas palmeras más bien jóvenes, que escondían un promontorio rocoso y una especie de cabaña, alrededor de la cual sobrevolaban imágenes poco definidas, como si se tratara de mariposas gigantes.

Comenzó a descender hacia la playa, muy poco ocupada y de agua y arena exquisitamente limpias. Después de unos minutos largos notó lo difícil que resulta avanzar por la arena cuando los tobillos ya están cansados. Alcanzó la zona donde mueren las olas y la arena es menos movediza. Sintió el alivio del agua yodada dándole golpes hasta la rodilla.